



“El final de la Transición y un momento ilusionante”

Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz
Profesor Titular de Historia Contemporánea
Universidad de Almería

Muchos historiadores pensamos que el 28 de octubre de 1982 es una fecha que simboliza, entre otras cosas, el final del proceso de transición a la democracia, iniciado tras la muerte del general Franco. En primer lugar, porque la victoria del Partido Socialista suponía que era posible la alternancia política y, sobre todo, porque era la primera vez que una organización procedente de la legitimidad democrática de la II República, y de la oposición al franquismo, alcanzaba el poder tras la guerra civil. Y, en este sentido, hemos de recordar que no fue una victoria ajustada, sino que el PSOE logró los resultados más favorables que ninguna otra fuerza política había alcanzado en período democrático en la Historia española.

No quiere decir esto que la victoria del PSOE en 1982, por sí sola, significara el final de la transición a un régimen democrático. Para entender concluido el proceso hay que acudir también a otros acontecimientos históricos ocurridos en los meses previos; a saber: aprobación por referéndum de una Constitución elaborada por unas Cortes democráticamente elegidas; fracaso del involucionismo franquista reflejado en los sucesos del 23 de febrero de 1981; extensión de la democracia a los municipios con la actuación de las corporaciones locales elegidas en 1979; y algo que a veces se olvida: a finales de 1982 estaba prácticamente ultimado el mapa autonómico. Y destacamos este hecho porque la transición española se caracterizó por alcanzar un régimen parlamentario de libertades políticas, pero también por transformar las estructuras del

Para citar este trabajo se recomienda el siguiente formato:

QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael: "El final de la transición y un momento ilusionante", en *El Socialista*, nº 647 (2002), p. 32..

Disponible desde Internet en:

<<http://www.historiadeltiempopresente.com/Revistas/Textos/RT15.pdf>>.



Estado desde las concepciones centralistas del franquismo hacia un sistema basado en la autonomía de nacionalidades y regiones.

Pero hay que recordar el 28 de octubre de 1982 por algo más que el momento histórico en que se puede dar por finalizada la transición a la democracia. La victoria del Partido Socialista se produjo en un marco de esperanza para la sociedad española, de ilusión en un proyecto político que se iniciaba con fuerza bajo el liderazgo de Felipe González. No hay que olvidar que más de diez millones de españoles refrendaron con su voto la propuesta del Partido Socialista en aquel momento. Y era una etapa que presentaba muchos retos y que tendría una relativa larga duración.

Hoy, con la perspectiva que dan los años transcurridos, y también —hay que reconocerlo— con la ventaja que tenemos de conocer los acontecimientos posteriores, podemos valorar los años de gobierno socialista. Y debemos emitir un juicio globalmente positivo sobre una etapa que, con sus luces y sus sombras, sirvió para que el país avanzara de forma considerable. Si hubiera que resumir los logros alcanzados por los mandatos de Felipe González en pocas frases, deberíamos referirnos a la consolidación de la democracia, la realización de reformas estructurales necesarias, la modernización social y la activa presencia en el panorama internacional.

Para asegurar la democracia era necesario transformar el Ejército para alejarlo de cualquier veleidad política, y a ello respondió la reforma militar emprendida por Narcis Serra desde el Ministerio de la Defensa. Los cambios, además, permitieron avanzar hacia unas Fuerzas Armadas más modernas y efectivas, llevando a la práctica el espíritu —que no las formas— del proyecto reformista iniciado por Manuel Azaña en el primer bienio de la II República.



Los socialistas encontraron un difícil reto al llegar al poder. España necesitaba cambios profundos en las estructuras productivas y, en definitiva, un fuerte ajuste para poder iniciar una fase de crecimiento posterior. Las medidas planteadas para cumplir este objetivo fueron difíciles y generaron las naturales resistencias en los sectores de la sociedad afectados. Todos podemos recordar la reconversión industrial que España necesitaba desde tiempo atrás y que los gobiernos de Felipe González tuvieron que afrontar.

La modernización de la sociedad implicaba asegurar lo que genéricamente se denomina el “Estado del Bienestar”. Y la etapa socialista se caracterizó por una labor gubernamental en la que se aprobaron medidas e inversiones necesarias para potenciar sectores como la educación, la sanidad o la protección social, emblemáticos en cualquier programa político socialdemócrata.

El crecimiento económico y los programas de modernización permitieron llevar a cabo importantes planes de construcción y mejora de los sistemas de comunicación y transporte. En este sentido, las nuevas autovías o la línea del tren de Alta Velocidad han pasado a ser un referente de esta etapa histórica. La celebración de importantes eventos, como las Olimpiadas de Barcelona o la Exposición Universal de Sevilla, contribuyó también a una mejora de las infraestructuras en España.

Pero los avances no podían quedar sólo en el interior de nuestras fronteras. Si por algo pasará la etapa socialista a la historia es, sin duda, por la proyección exterior que alcanzó nuestro país en los años 80 y 90. Hay que recordar el tradicional aislamiento que había caracterizado a España en su historia contemporánea, ya por razones de política exterior, ya por el rechazo de otros países. Los gobiernos de la UCD intentaron modificar esta tendencia, aunque no pudieron completar el objetivo. Con los socialistas,



España ingresó en el entonces Mercado Común —antesala de la actual Unión Europea— y consolidó su pertenencia a las estructuras defensivas occidentales. Pero, aunque a veces se olvida, tan importante como la participación en los organismos internacionales, fue la presencia de España en el mundo, con una imagen democrática, moderna y activa.

No obstante, la etapa socialista también tuvo graves errores que no se deben ocultar. El más importante, sobre todo, fue permitir que personas del partido o de sus alrededores aprovecharan la presencia en las instituciones para lucro personal. La corrupción fue un borrón muy grave en una organización que se había caracterizado históricamente por ser garante de la ética y la honradez. Las mayorías absolutas alcanzadas consecutivamente y la llegada al partido de afiliados “de aluvión”, con los consiguientes procesos de desideologización, propiciaron una cierta arrogancia negativa para la sociedad y para el propio Partido Socialista. La dependencia vital del cargo público en algunos políticos, por ausencia de horizonte profesional, ha sido también un factor que ha perjudicado la política de los socialistas en el poder

Eso sí, sin abandonar el tono crítico, no podemos considerar que estos errores —y otros no señalados— alteren de forma sustancial la trascendencia de los cambios experimentados en España entre 1982 y 1996. Porque, por encima de todo, en esa etapa se produjeron procesos de modernización y de avance social que se han consolidado en España y que han transformado sus estructuras. No obstante, en una democracia, son los propios ciudadanos quienes deciden qué camino seguir.